

SAN JUAN CRISOSTOMO

# **LAS XXI HOMILIAS DE LAS ESTATUAS**

VOLUMEN II

Versión y notas por el

**M. I. Sr. Juan Oteo**

Serie  
Los Santos Padres  
N.º 25

APOSTOLADO MARIANO  
Recaredo, 44  
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-544-1991

I.S.B.N.: Tomo II - 84-7770-192-X

I.S.B.N.: Obra Completa - 84-7770-193-8

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

## SAN JUAN CRISOSTOMO

*Las XXI Homilías de Las Estatuas predicadas por San Juan Crisóstomo, siendo Presbítero, en la Palea o Iglesia llamada la Antigua al pueblo de Antioquía (de Siria).*

### VOLUMEN II

### HOMILIA X

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía X.

1. Congratúlase con los oyentes porque han obedecido sus advertencias.—Es lícito oír la palabra divina aun después de haber comido el alimento corporal.—No es ignominioso comer, sí lo es el privarse por ello de las solemnidades de los fieles, aunque es mejor acudir ayuno.—Vale más oír la palabra de Dios que ayunar.—Hermosa enumeración y antítesis.

2. Agradecimiento y paga del servicio.—Repetición resumida de cosas antedichas.—Del orden, disposición, hermosura y grandeza del mundo.—La providencia de Dios demostrada por el cuerpo humano.—El mundo no puede subsistir sin la providencia de Dios.

3. Sigue la demostración, por ejemplos.—Objetan los gentiles: respuesta.—Ni el universo ni el sol son dioses.

4. Otra respuesta a la objeción: la creación es corruptible.—Aun el sol se eclipsa.—De solo Dios es propio no necesitar.

5. Prueba por rápida enumeración.—Pablo enseña la verdad de que toda criatura es corruptible.

6. Exhortación moral.—Glorifiquemos a Dios por la óptima conversación, especialmente absteniéndose de juramentos.—No hay pretexto alguno que alegar.—Por qué insiste sobre este tema.

\* \* \*

ADVERTENCIAS:

1.<sup>a</sup> Escribió León XIII en la Encíclica *Providentissimus Deus*: “El intérprete... tenga cuidado en no olvidar que ya ha sucedido más de una vez que las teorías científicas, traídas como ciertas, han sido después discutidas y cayeron, por fin, repudiadas.”

2.<sup>a</sup> Conviene no desatender la regla de crítica que enseña: Los hombres, los hechos, las doctrinas deben juzgarse según el tiempo, sitio, lugar, ambiente y circunstancias en que vivieron los autores; nunca pueden ser juzgados por nuestro actual modo de ser y de pensar. Los hechos son siempre circunstanciales.

3.<sup>a</sup> Según esta prudente regla de Crítica, hoy nadie se maravillará de las ideas que expone el autor sobre la Cosmogonía y biología humana. En el siglo IV, en que San Juan Crisóstomo vivió y escribió las ideas que expone en esta X Homilía repitiendo las ya dichas en la IX, eran las más seguidas. Claudio Tolomeo, astrónomo y geógrafo griego que floreció en Alejandría hacia el 125 de la Era cristiana, resucitó la hipótesis, que considera a la tierra como centro del universo, y procedía de ideas caldeo-egipcias. La hipótesis anduvo muy válida hasta Copérnico (Nicolás, 1475-1543). Este explicó la doctrina <sup>1</sup> heliocéntrica, contraria a la geocéntrica de Tolomeo, la misma que completada y perfeccionada es hoy en día única admitida. Cosa parecida puede repetirse en lo tocante a Biología. A cada siglo su ciencia.

4.<sup>a</sup> A pesar de lo dicho, los razonamientos son en sí eficaces para el fin intentado, que es moralizar al pueblo fiel, y pueden verse empleados en obras de Teodicea y Apologética ("Lecciones de Apologética", de N. Marín Negueruela, números 763, 764, sexta edición. Madrid, 1944).

5.<sup>a</sup> Pasaron algunos días entre las homilías IX y X, no pronunciándose ésta al día siguiente de la novena. El santo autor lo indica con decir: poco ha...

\* \* \*

1. Me gozo y congratulo de todos vosotros, porque habéis cumplido la advertencia que poco ha os hice para con los que no ayunan y que por esta causa estaban ausentes. Pues estoy pensando que son muchos los que cenados hoy están presentes y hermocean por completo esta oración mía; lo que conjeturo así, porque se ha agrandado el espectáculo y el número de los oyentes. Según aparece, no en vano hemos hablado mucho de los mismos hace poco, exhortando a vuestra caridad que los atrajéseis a la madre, y que les persuadiéseis que es lícito, aun después de la comida del cuerpo, no quedarse defraudados de la participación del alimento espiritual. Mas yo os pregunto, mis

---

1. Barruntos de la doctrina heliocéntrica hubo ya seis siglos antes de Jesucristo; algunos filósofos afirmaron que el sol era centro fijo del universo, en cuyo derredor giraban los cuerpos celestes. Así ANAXIMANDRO, siguiendo a HIERÓN DE ESMIRNA, decía que la tierra se movía alrededor del centro del mundo. PITÁGORAS y sus discípulos sostuvieron la misma doctrina. FILOLAO DE CROTONA, pitagórico, explicaba que la tierra gira sobre su eje, alrededor del sol. NICETAS DE SIRACUSA completó la teoría. Como defensores del geocentro citanse a HOMERO, TALES DE MILETO, ARISTÓTELES, ERATÓSTENES, POSIDONIO, ESTRABÓN, POMONIO MELA, PLINIO....



amados: ¿cuándo lo habéis hecho mejor? ¿Acaso cuando, dejada de lado la sinaxa, después de la mesa os íbais a dormir, o ahora cuando, después de la mesa, os habéis juntado para oír las leyes divinas? ¿Cuando os estábais en la plaza y tomábais parte en sesiones de ningún provecho, o ahora cuando estáis reunidos con vuestros hermanos y oís las palabras de los profetas? No es ignominioso el comer, queridos, pero sí lo es que, tomado el sustento, permanezcáis en casa y estéis privados de esta sagrada solemnidad. Porque al quedarte en casa estarás más ocioso y perezoso: pero acudiendo aquí, sacudirás el sueño y la pereza, y no sólo la pereza, sino que también, deponiendo la tristeza, estarás más pronto y más alegre para cuantos casos ocurran. Y ¿qué necesidad hay de añadir más? Con que te pongas cerca de alguno que ayuna, al momento sentirás una suavidad de olor del mismo. Porque quien ayuna es un espiritual ungüento, que trasciende la buena disposición del alma por los ojos, por la lengua y por todo su ser. Esto he dicho, no para acusar a los que han comido, sino para señalar la ventaja del ayuno.

VALE MÁS OÍR LA PALABRA DE DIOS, QUE AYUNAR. Pero llamo ayuno, no sólo al abstenerse de alimentos, sino más que a esto, a la huida de pecados: porque el convidado, y que ha acudido aquí con la modestia congruente, no es vencido gran cosa por el que ayuna; como a su vez el ayunante que no atiende con empeño y diligencia a lo que se dice, de tal ayuno sacará bien poca utilidad. Pues el que come y participa del santo sermón con el correspondiente cuidado, es mucho mejor que el que nada come y está ausente: porque no puede ayudarnos la dieta tanto, cuanto la asistencia a la doctrina espiritual aprovecha y reporta ventaja. ¿Dónde oirás estas cosas? ¿Lo que aquí filosofas? Si vas a la plaza, allí riñas y peleas; si a la curia, los cuidados de las cosas civiles; si a la casa, atormenta por doquiera la solicitud de las cosas privadas; si a los consejos y sesiones del foro-mercado, allí todo lo terreno y corruptible, porque todos cuantos a él acuden hablan o de lo que se vende, o de los tributos, o de las comidas exquisitas y abundantes, o de la venta de campos, o de otros contratos, o de testamentos, o de herencias, o de otras cosas parecidas. Y si te acercas a los salones regios, allí también oirás que todos hablan de dinero y riquezas, del poder, de la gloria, cosas aquí estimadas; pero de lo espiritual, nada. Aquí, empero, todo lo contrario: de las cosas que hay en el cielo, del alma, de nuestra vida, del por qué hemos sido criados, y por qué estamos aquí tanto tiempo, y para dónde emigramos de aquí, y

qué nos recibirá después de esto, y por qué motivo tenemos cuerpo bajo, y cuál es la naturaleza de la muerte, y por fin qué es la vida presente y cuál la futura; absolutamente de nada terreno, sino que todos nuestros discursos tratan de las cosas espirituales; y los que tomemos grandes viáticos de nuestra salvación, de aquí saldremos así con fundada esperanza.

2. Y puesto que no en balde arrojamus las semillas, sino que, como os había exhortado, habéis cazado a todos cuantos habíanse distanciado de vosotros, vamos a pagaros el servicio, y recordando unas pocas cosas anteriormente dichas, demos también las restantes.

Y ¿cuáles cosas están antedichas? Preguntábamos cómo y de qué manera ordenó Dios nuestras cosas anteriormente del don de las Escrituras, y decíamos que por la creación había enseñado a nuestro linaje, extendiendo el cielo y mostrándolo, libro máximo para ignorantes y para sabios, para pobres y para ricos, para escitas y para Bárbaros, y útil en general para todos los que habitan la tierra, el libro más grande de los que se enseñan. También disertamos muchas cosas de la noche y del día, y del orden de éstos, y de la conveniencia diligentemente guardada por ellos: y mucho sobre las estaciones del año, sobre su número y de su igualdad. Pues así como el día ni media hora siquiera tiene más que la noche en todo el año, así las estaciones se han distribuido por igual los días todos: y como antes decía, demuestran al creador no sólo la grandeza y hermosura de la creación, sino también el mismo modo del conjunto de los elementos naturales, y porque el orden de la creación está sobre la razón y sus deducciones. Porque en razón estaba que el agua fuese llevada sobre la tierra; pero ahora vemos lo contrario, que la tierra está llevada sobre las aguas. Natural es que el fuego tienda hacia arriba; mas ahora vemos lo contrario, que los rayos solares se dirigen hacia abajo, hacia la tierra, y que las aguas están sobre los cielos, y que no son consumidas; que el sol, al correr por debajo, no es apagado por las aguas, ni evapora aquel agua. A esto añadimos que todo está compuesto de cuatro elementos entre sí contrarios y en lucha, y que el uno no destruye al otro, aunque deba consumirlo dada su naturaleza. De lo cual es manifiesto que un cierto poder invisible lo prohíbe, y que el vínculo es la voluntad de Dios. Hoy quiero detenerme más en este discurso, pero despertad y estadme atentos con diligencia.

Mas para que el milagro se haga más patente tomaré la demostración de nuestro propio cuerpo. Porque este nuestro corto y pequeño

cuerpo se compone de cuatro elementos: así la sangre es caliente, la bilis amarilla es seca, la pituita es húmeda, la otra bilis es fría. Y nadie tenga este discurso por incongruente: porque *“el hombre espiritual discierne de todo, y nadie puede a él discernirle”* (1 COR. 2-15). Así también Pablo tocó razones de la agricultura, al disertarnos de la resurrección: *“¡Necio! lo que tú siembras no recibe vida si primero no muere”* (1 COR. 15-36). Pues si aquel bienaventurado trataba de agricultura, nadie nos acuse si tocamos en cosas de medicina: pues de Dios, de la creación de Dios hablamos ahora, y nos es necesario un argumento de esta ciencia. Pues como he dicho arriba, nuestro cuerpo está compuesto de estos cuatro elementos, y si una parte se separa del todo, de esta disidencia proviene la muerte: así, por razón de ejemplo, al sobreabundar la bilis se produce fiebre, y si prevalece desmesuradamente, ocasiona muerte arrebatada: otras veces, con exceso de frío, nacen parálisis, temblores, apoplejías e innumerables enfermedades, y finalmente, cualquier clase de enfermedades nace del exceso de estos humores, siempre que uno de ellos, saliendo de los propios límites, insurge contra los otros, y daña toda la proporción.

EL MUNDO NO PUEDE SUBSISTIR SIN LA PROVIDENCIA DE DIOS. Pregunta, pues, a quien diga que todas las cosas, nacidas por sí mismas, por sí subsisten. Si este pequeño y diminuto cuerpo, usando medicamentos y de la ciencia médica, con el alma que interiormente lo arregla, y con mucha filosofía, y con otras incontables ayudas, no puede estar siempre en buena salud, sino que muchas veces parece y se corrompe por una perturbación que le sobrevino: ¿cómo un mundo tan grande, que tiene tantas moles de cuerpos, y que está compuesto de los mismos elementos, si no gozase de mucha providencia, habría podido permanecer no turbado en tanto tiempo? Porque no se compagina razonablemente que nuestro cuerpo, teniendo providencia interior y exterior, apenas pueda conservarse; y que mundo tan grande, sin disfrutar de providencia, por tantos años no haya sufrido nada de lo que padece nuestro cuerpo. Porque pregunto yo: ¿cómo es que de estos elementos ninguno se ha excedido, ni ha consumido a los otros? y ¿quién los juntó desde el principio? ¿quién los ató? ¿quién los frenó? ¿quién los contiene durante tanto tiempo? Porque si la mole del mundo hubiera sido un cuerpo simple y uniforme, no hubiera sido tan imposible lo que se dice: pero cuando hubo desde el principio tan grande lucha de elementos, ¿quién tan demente que piense que éstos se hayan concertado por sí mismos sin nadie que obligase, y que



hayan permanecido juntos? Que si nosotros, no por el natural, sino por voluntad, malamente afectados unos con otros no nos concertamos espontáneamente, sino que persistimos enemistados y estamos en mutuo desacuerdo por el ánimo ofendido; y necesitamos de un tercero que nos junte, y después que nos haya juntado, nos constriña y nos persuada a permanecer en paz, y a no separarse otra vez: ¿de qué manera los elementos, que no están dotados ni de razón, ni de sentido alguno, y que por naturaleza son entre sí enemigos, que se rechazan, hubieran convenido y marchado los unos con los otros, y hubieran podido permanecer el uno con el otro, si no hubiera una potencia indecible que los juntase, y una vez reunidos los contuviera siempre con tal vínculo?

3. ¿No ves cómo este cuerpo, en volando el alma, se cae, y marcha, y perece, y cada uno de los elementos se va por su lado? Esto mismo, de seguro, sucedería también en este mundo si el poder perpetuo que lo gobierna lo hubiese dejado sin la propia providencia. Puesto que si una nave sin capitán no perduraría, sino que fácilmente se vería hundirse: ¿cómo subsistiría el mundo tanto tiempo sin que nadie lo gobierne? Y para no decir más, piensa que el mundo es un navío, su quilla es la tierra, su velamen el cielo, los navegantes pasajeros los hombres, el mar es el abismo inferior: ¿pues cómo en tanto tiempo no ha ocurrido un naufragio? Si no, deja un navío por un solo día sin alguien que gobierne y sin marineros, y al momento lo verás hundido; mas al mundo nada semejante le ha pasado, teniendo ya cinco mil y muchos más años. Pero ¿qué digo un navío? Levantó alguien en la viña una casucha o una choza, y una vez cogido el fruto la deja abandonada, y muchas veces ni dos días dura, sino que se deshace y se cae. Ahora bien, el tugurio no estaba en pie sin alguien que provea; y una creación tan grande, tan hermosa, tan admirable, y las leyes del día y de la noche, y la danza o curso de las horas, y la natural sucesión variada y omnímoda en la tierra, en el mar, aire, cielo, y en las plantas, y en las aves que vuelan, en los nadadores, en los seres que andan, en los que se arrastran, y en la especie humana, que a todos ellos sobrepuja en dignidad, ¿hubiera permanecido estable por tanto tiempo sin ninguna providencia?

Además, acompáñame mentalmente recorriendo las huertas, las clases de flores, todas las hierbas y sus empleos, las fragancias, figuras, el lugar, sólo los hombres, los árboles frutales y de leña, la naturaleza de los metales, de los animales terrestres, de los marinos, de los

acuáticos, de los que andan por los aires, los montes, los bosques, las arboledas, abajo el prado, arriba prado, pues hay prado en la tierra, y le hay en el cielo, las flores varias de los astros, correspondientes a las rosas de abajo, arriba el iris. ¿Quieres que te muestre un prado en las aves? Mira el cuerpo del pavo real, variado de colores y que aventaja a todo lo teñido, y a las avecillas de color de púrpura. Piensa en la hermosura del cielo, cuánto tiempo lleva, y no se ha empañado, sino que está como recién fabricado, tan brillante y resplandeciente está: piensa en el vientre de la tierra, que pare hace tanto, en cómo no se ha debilitado su fecundidad. Piensa en las fuentes, cómo brotan, y no se han secado desde que fueron puestas, manando continuamente de día y de noche; piensa en el mar, que recibiendo tantos ríos, nunca salió de madre. Pero ¿hasta dónde vamos a proseguir lo incomprensible? Justo es que en cada cosa enumerada se diga: “*¡Cuán grandiosas son todas tus obras! Todo lo has hecho sabiamente*” (Ps. 103,24).

Mas ¿qué suelen responder a esto los infieles, cuantas veces les recordamos la grandeza del mundo, el ornato, la abundancia, la riqueza en todo? Precisamente, dicen, esto mismo es el mayor motivo de quejarnos, por haber Dios hecho el mundo tan grande y tan hermoso: pues de no haberlo hecho grande y hermoso, no le hubiéramos hecho dios; mas ahora, heridos por la grandeza, y admirando su hermosura, lo hemos juzgado dios.

Pero este discurso es vano: pues que ni la grandeza ni la hermosura sean la causa de la impiedad, sino el desconocimiento de ellos, lo declaramos porque entre nosotros no pasa eso. Pues ¿por qué motivo no les tributamos honores divinos? ¿Es que no los miramos con parecidos ojos? ¿o es que no recibimos de la creación lo mismo? nuestra alma ¿no es lo mismo que la de ellos? ¿no poseemos cuerpo idéntico al de ellos? ¿no pisamos la misma tierra? Pues ¿cómo es que la hermosura y la grandeza no nos persuaden a sentir como ellos? Y no tan sólo por esto se hace patente, sino también por otros lados. Y que lo hayan consagrado no por la hermosura, sino por la propia estulticia, que lo prueben y digan por qué han adorado la mona, el cocodrilo, el perro, los más viles entre los animales. En verdad, “*Devanearon en sus discursos, y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas, y mientras que se jactaban de sabios, pararon en ser unos necios*” (Rom. 1,21-22). Con todo, no responderemos sólo con estas razones, sino que también diremos algo más.

4. Porque previendo antes Dios esto, hasta este agarradero de la sabiduría de ellos les quitó: por esta razón creó el mundo no tan sólo

admirable y grande, sino también corruptible y marchitable, y le puso muchas tachas de su flaqueza: y lo que hizo en los apóstoles, esto mismo hizo en todo el mundo.

—Y ¿qué hizo en los apóstoles?— Porque hacían muchos prodigios, grandes milagros y cosas admirables, no obstante permitió que a veces fuesen azotados, ser desterrados, habitar en cárcel, padecer enfermedades corporales, estar de continuo atribulados, para que la grandeza de los prodigios no hiciese que fuesen tenidos por dioses entre los hombres; por lo cual, habiendo dado tanta gracia, permitió que el cuerpo fuese mortal, y en muchos valetudinario; y no demudó el natural de la enfermedad, para insinuar la humana condición. Y no es mío este pensamiento, sino de Pablo en persona, que decía: *Si quisiese gloriarme, podría hacerlo sin ser imprudente, porque diría verdad, pero me contengo, a fin de que nadie forme de mi persona un concepto superior a aquello que en mí ve o de mí oye* (2 COR. 12,6); y otras veces: *Este tesoro lo llevamos en vasos de barro* (2 COR. 4,7). Y ¿qué es lo de vasos de barro? ¿frágiles, quebradizos? Dice: En este cuerpo mortal y corruptible. Porque así como la vasija de barro se hace de lodo con fuego, así también el cuerpo de aquellos santos, siendo de barro y habiendo recibido la eficacia del fuego espiritual, quedó convertido en vasija o instrumento. Y ¿por qué se hizo así y puso en un cuerpo mortal y corruptible un tal tesoro y tanta abundancia de gracias. *Para que la grandeza del poder sea de Dios, y no nuestra* (Ib.). Pues cuando vieres a los apóstoles que en verdad resucitan muertos, y que ellos mismos están enfermos, y que no pueden librarse de la enfermedad, entenderás claramente que no fue por el poder del que hace resucitar al muerto, sino que la resurrección fue obra del Espíritu. Y que con frecuencia enfermaban, oye lo que de Timoteo dice el Apóstol: *Usa de un poco vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades* (1 TIM. 5,23); y otra vez de otro: *A Trófimo lo dejé enfermo en Mileto* (2 TIM. 4,20). Y escribiendo a los Filipenses, decía: *Epafrodito ha estado enfermo a punto de muerte* (FILP. 2,27). Pues si, aun con todo esto, los consideraban dioses, y se preparaban a sacrificar, diciendo: *Dioses son éstos que han bajado a nosotros en forma de hombre* (ACT. 14,10), de no haber sucedido tales cosas, ¿adonde hubiera llegado la impiedad, vistos los milagros?

Pues así como aquí permitió que estuviesen enfermos por causa de la grandeza de los prodigios y de la naturaleza de ellos, y permitió frecuentes tentaciones para que no fuesen tenidos por dioses; de se-



mejante modo ha hecho algo parecido en las criaturas del universo. Porque ha hecho la creación hermosa y grande, pero también la instituyó corruptible. Ambas cosas nos las enseñan las Escrituras: porque éste, para contarnos la hermosura de los cielos, nos dice: *Los cielos publican la gloria de Dios* (Ps. 18,2); y otra vez: *Es es el que extendió los cielos como un velo o una cosa muy leve y los desplegó como una tienda de campañas en que se ha de habitar* (Is. 40,22); y de nuevo: *Ciñe el cielo con el cerco glorioso* (ECCLO. 43,13). Pero otro, aunque demostrándolo hermoso y grande, pero a la vez corruptible, dice así: *Oh Señor, tú eres el que al principio criaste la tierra: los cielos obra son de tus manos. Estos perecerán; pero tú eres inmutable. Vendrán a gastarse como un vestido. Y los cambiarás como quien muda una capa, y mudados quedarán* (Ps. 103,26-27). Y otra vez David dice del sol: *A manera de un esposo que sale de su tálamo, salta como gigante a correr su carrera. Sale de una extremidad del cielo, y corre hasta la otra extremidad del mismo* (Ps. 18,6-7). ¿Has visto cómo ha puesto ante tus ojos la hermosura y a la vez la grandeza de la estrella, del astro? Porque como el esposo que sale de un tálamo, así en la aurora el sol despide sus rayos, y hermoheando el cielo con purpúreo manto, tornando en rosicler las nubes, y avanzando todo el día sin tropezar, no se interrumpe la marcha con ningún obstáculo. ¿Habéis, pues, visto su hermosura? ¿habéis visto su grandeza? Ved, pues, también la muestra de su debilidad. Porque para demostrarla decía un sabio: *¿Qué cosa más resplandeciente que el sol?, pues éste también se eclipsa* (ECCLO. 17,30). Y no por sólo esto se manifiesta su debilidad, sino también por el amontonamiento de las nubes. Así es que poniéndose por debajo una nube, enviando los rayos y empeñado en deshacerla, no prevaleció al ser la nube más densa y no querer rendírsele. —Mas opones: alimenta los sembrados—. Pero no solo él los desarrolla, porque está necesitado de la tierra, del rocío, de las lluvias y vientos, y de la conveniente distribución de las estaciones del año; como todas estas cosas no concurran, es inútil que el sol luzca.

DE SOLO DIOS ES PROPIO NO NECESITAR. Pero esto no es propiedad de Dios, el necesitar de otros para hacer lo que ha de hacerse: pues lo más propio de Dios es el no necesitar. Así El no crió las simientes de la tierra; sólo mandó, y todas germinaron. Y además, para que aprendas que, no los elementos de la naturaleza, sino el mandato divino, ha hecho todas las cosas, y produce los mismos elementos que no existían, sin necesitar nada, envió a los judíos el maná: *El pan de cielo les*

*dio*, dice (Ps. 77,24). Y ¿qué digo, que para hacer vegetar los frutos y para madurarlos necesita el sol de otras cosas elementales, cuando hasta en su constitución necesita de muchas, sin que pueda bastarse a sí mismo? Porque para marchar, necesita el cielo, extendido como pavimento; y para lucir, de la pureza y claridad del aire; que si éste se condensa demasiado, aquél no puede ostentar su luz: y para no resultar intolerable a todo, y para no agostarlo todo, necesita de nuevo también de frío y de rocío. Por tanto. véncenle los restantes elementos, y remedian su impotencia: pues lo vencen las nubes, los muros, y otros cuerpos opacos que no dan paso a la luz; y otros remedian su destemplanza, como el rocío, las fuentes, el frescor del aire; ¿cómo puede éste ser Dios? Porque para ser Dios es preciso que NO NECESITE, no tener necesidad de cosa alguna, y ser autor de todos los bienes para todos, y no estar prohibido por nada, como lo dicen de Dios Pablo y el profeta Jeremías, éste hablando de su propia persona, diciendo: *¿Por ventura no lleno Yo, dice el Señor, el cielo y la tierra?* (JER. 23,24), y también: *¿Acaso piensas tú que yo soy dios de cerca y no soy Dios desde lejos?* (Ib. 23,23), y otra vez David: *Yo dije al Señor: Tú eres mi Dios, que no tienes necesidad de mis bienes* (Ps. 15,2); y Pablo, para demostrar la riqueza de Dios, que de nada necesita, y para ostentar que estas dos cosas, sobre todo, son propias de Dios, el no necesitar de nada y el suministrarlo todo a todos, dice así: *El Dios que creó el mundo y todas las cosas contenidas en él, siendo como es el Señor de cielo y tierra, no... ni necesita del servicio de las manos de los hombres, como si estuviese menesteroso de alguna cosa* (ACT. 17,24-25).

5. Podíase también recorrer otros elementos, el cielo, el aire, la tierra, el mar, y demostrar la flaqueza de los mismos, y que cada uno necesita del vecino, y sin él perece y se corrompe. Pues la tierra, si le faltan los manantiales, y la humedad del vapor acuoso evaporado del mar y de los ríos, abrasada se desgasta en breve; y los restantes elementos necesitan el uno del otro, el aire del sol, y el sol del aire: pero para no hacer el discurso más prolijo, baste con lo dicho haber dado a los que quieran muchas oportunidades. Pues si el sol, el más admirable de todas las criaturas, se presenta en tanto grado débil y necesitado; mucho más las otras partes del mundo: lo cual he dicho para dar a los aplicados lo que ha de ser recogido; disertaré otra vez de las Escrituras con vosotros, demostrando que no solamente el sol, sino que también todo el mundo es corruptible. Pues consumiéndose



mutuamente los elementos, y el frío mayor que sobreviene corrige la potencia solar, y a su vez a éste consume el calor que prevalece, y los elementos producen y sufren unos de otros cualidades y disposiciones contrarias: cierta cosa es que éstos dan prueba de grande corrupción, y de que cuanto se ve son cuerpo. Mas por ser este discurso más levantado que vuestra medianía, vamos a conduciros a las dulces fuentes de las Escrituras, y halaguemos vuestros oídos. Mas no os hablaremos separadamente del cielo y de la tierra, sino de toda la creación juntamente os mostraremos que habla el Apóstol, que dice así claramente, que toda criatura está sujeta ahora a corrupción, y por qué está sujeta, y ocupando se mudará, y a qué condición pasará. Porque después que dijo: *Los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros*, infirió: *Así las criaturas todas están aguardando con grande ansia la manifestación de los hijos de Dios. Porque se ven sujetas a la vanidad o mudanza no de grado, sino por causa de aquel que les puso tal sujeción, con la esperanza* (ROM. 8,18,19,20). Y lo que dice es de este tenor: la creación es corruptible: que esto es *están sujetas a la vanidad*: mas ha sido criada corruptible por mandarlo Dios; y Dios lo dispuso así por nuestra estirpe, pues tenía que sustentar al hombre corruptible, ella también debía serlo; porque no era decente que cuerpos corruptibles viviesen en una creación incorruptible. Pero, dice, no permanece tal, sino que *serán también ellas liberadas de esa servidumbre a la corrupción* (ROM. 8,21); después, señalando cuándo sucederá esto, y por quiénes, infirió: *para la libertad de los hijos de Dios*. Pues cuando hayamos resucitado, añade, y hayamos recibido cuerpos incorruptos, entonces también el cuerpo del cielo y de la tierra y el de todo el mundo quedará incorrupto e inmarchitable. Por tanto, cuando hayas visto al sol saliente, admira al creador; cuando le veas ocultarse y desaparecer, recuerda la inestable naturaleza, y no le adores como a un dios. Que por esto puso Dios en la naturaleza de los elementos prueba de su flaqueza de ellos, pero además, a los hombres servidores suyos mandoles que los dominasen, para que si por la contemplación de los mismos no conoces su servidumbre, aprendas de los que mandan, que todas las cosas son conservadoras tuyas. Por esto Josué, hijo de Nave, dice: *Sol, no te muevas de encima de Gabón; ni tú, Luna, de encima del valle de Ayalón* (Jos. 10,12). Y otra vez el profeta Isaías le hizo volver atrás su camino al contrario en tiempo del rey Ezequías (ISAÍAS, 38,8), y Moisés también mandó al

aire, al mar, a la tierra y a las peñas: Eliseo mudó la condición de las aguas (4 REYES, 3), los Tres Jóvenes vencieron el fuego. ¿Adviertes cómo proveyó Dios ambas cosas, ciertamente guiándonos por la hermosura de los elementos al conocimiento de su divinidad, pero por la flaqueza de los mismos no permitiéndonos caer en la adoración de ellos?

6. EXHORTACIÓN MORAL PARA EVITAR LOS JURAMENTOS. Así pues, glorifiquemos a nuestro Gobernador por todas estas razones, y no sólo de palabra, sino también con obras, y demos pruebas de óptima conversación no tan sólo acerca de las demás cosas, sino también por la abstinencia de los juramentos. Porque no todo pecado merece la misma pena, pero los que son fáciles de corregir la incurren mayor: lo que indicaba Salomón al decir: *No es tan gran culpa el que uno hurte, pues que hurta para saciar su hambre. Con todo eso, si lo cogen, lo pagará con las setenas; pero el adúltero acarrea con su insensatez la perdición de su alma* (PROV. 6,30, 31, 32). Y esto es lo que dice: cierto que es grave cosa el robo, pero no lo es tanto como el adulterio: porque el ladrón tiene alguna causa, aunque fútil, pero puede pretextar necesidad por pobreza; pero el adúltero, sin causa alguna obligante, se precipita en la sima del pecado sólo por demente.

Esto mismo puede repetirse de los que juran, pues no tienen pretexto alguno que presentar, sino solamente el desprecio. Me doy cuenta de parecer ser pesado y cargante y que soy molesto por la frecuente repetición de la advertencia; con todo, no desisto, para que al menos avergonzados de mi descaro, os abstengáis de la ímproba costumbre de jurar. Pues si aquel juez áspero y cruel, molestado de las instancias de la viuda, mudó de conducta (Lc, 18,2ss), con más razón lo haréis vosotros, y máxime haciéndolo yo y pidiéndooslo, no para mi provecho, sino para vuestra salvación; más aun, no negaré que también lo hago por mi propia salvación: porque computo que vuestros bienes son méritos míos. Querría, pues, que como yo ahora trabajo y me fatigo por vuestra salvación, así vosotros tengáis cuidado de vuestra alma: así fácilmente se pondría fin en este negocio tan grande.

Y ¿para qué necesitamos decir más?, porque no había de haber infierno ni tormento para los contumaces, ni premio para los obedientes, pero si, acercándome yo a vosotros, os hubiera pedido este favor, ¿no hubiérais debido concederlo y otorgar la petición al que tan poca cosa pedía? Pues haciéndolo Dios, quien la pide, no para sí, sino para vosotros, dándoos, que no recibiendo, ¿quién será tan ingrato, quién

tan miserable, quién tan desdichado que no dé a Dios, que pide esta obra buena, sobre todo siendo quien da el mismo que ha de gozar del beneficio?

Pensando, pues, todo esto, y recogiendoos en vuestra mente, repasadlo todo, y por todos los medios corregid a los que no lo observan, para que recibamos la recompensa de los merecimientos propios y ajenos, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual, y con el cual, al Padre sea dada la gloria en unión del Espíritu Santo ahora, y siempre, y en los siglos de los siglos. Amén.

## HOMILIA XI

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XI.

1. Acción de gracias a Dios por la tranquilidad concedida a la ciudad después de tantos terrores.—Por qué calló algunos días.—Efectos de la tristeza: ejemplos.

2. Oportunidad actual para decir y oír sermones.—Breve recopilación de lo antedicho otros días.—Contra los Maniqueos.—Objeción y respuesta.—Definición del hombre según los filósofos.—Dios, para quitar la raíz de la soberbia, sabiamente fabricó el cuerpo humano,—y aun en lo que hizo con el alma.

3. Admira la grandeza del arte divino en formar al hombre.—Sabiduría de Dios en la constitución de los ojos,—en las pupilas, pestañas, cejas;—en la del cerebro;—en la del corazón, de las uñas, de los dedos.

4. El hombre aventaja a los animales.—Objeción.—Respuesta.—Excelencia del cuerpo humano.—Ayuda universal mutua.—El hombre, señor de todo.

5. Sabiduría de Dios que resplandece en la variedad de árboles y plantas.—Otra objeción y respuesta.—Exhorta a corregir la costumbre del juramento.

\* \* \*

### ADVERTENCIAS:

1.<sup>a</sup> Hubo unos días de terror entre la homilía X y esta XI. Las gentes, consternadas por los falsos rumores de asolamiento de la ciudad, en gran número habían huído y no estaban para escuchar sermones.

2.<sup>a</sup> Disipados que fueron los terroríficos anuncios, tornó a la ciudad la calma, y la tranquilidad atrajo a los que habían huído.

3.<sup>a</sup> Ya tranquilos los fieles Antioquenos, pronunció el Crisóstomo esta homilía en el lunes de la cuarta semana de Cuaresma, como acertadamente calcula Tillemont. No será preciso recordar que entre los Griegos la Cuaresma se contaba desde el lunes de Quincuagésima y las semanas eran adelantadas en una unidad respecto a nuestro actual cómputo. Y según este uso, la homilía XI fue dicha en el lunes de la cuarta semana griega=tercera semana de la Cuaresma según el rito romano.

4.<sup>a</sup> Repítanse las advertencias puestas en la homilía X y no se descuide la 4.

5.<sup>a</sup> Cuando en el n.º 4 habla el Santo de la andadura de un veloz y residente caballo no dudamos que hace hincapié no en el número de 200 estadios, que pone como ejemplo, sino en la proporción entre 200 y 2.000.

\* \* \*



1. Cuando pienso en la tempestad pasada y en la actual tranquilidad, no ceso de decir: Bendito el Señor, que todo lo hace y todo lo muda; que sacó luz de las mismas tinieblas (AMÓS, 5,8, y JOB, 37,15), que conduce a las puertas del infierno y retrae (1 REG. 2,6), que castiga y no mata (2 COR. 6,9); y deseo que vosotros lo digáis asiduamente, y no desistáis. Pues si El nos ha favorecido con hechos, ¿qué perdón podríamos merecer no recompensándole ni siquiera con palabras? Por esto os exhorto a nunca cesar de darle gracias. Puesto que si le somos agradecidos por los primeros, es seguro que también de otros disfrutaremos. Digamos, pues, continuamente: Bendito el Señor, que a mí me ha concedido el presentaros confiadamente la acostumbrada mesa, y a vosotros os ha dado que con seguridad oigáis mis sermones: bendito el Señor, porque hemos concurrido aquí, no ya para huir de los peligros exteriores, sino deseando oír sermones; nos hemos juntado aquí, no ya con ansiedad, temor y solicitud, sino confiados, sacudiendo todo temor, con el que hemos andado en los días anteriores fluctuando en alta mar, presintiendo a cada hora el naufragio, y no encontrábamos cosa mejor, sobresaltados durante todo el día con infinitos rumores, perturbados y escondidos en todas partes, solicitando todos los días y preguntando deseosos de saber: ¿Quién ha venido del campamento y qué anunció el que ha llegado? ¿no se dice nada, o verdadero, o falso?, y pasando las noches sin dormir, y contemplando la ciudad con lágrimas, porque luego percería.

Por esto yo callé los días anteriores, porque toda nuestra ciudad estaba exhausta, todos se habían marchado a las soledades, y los que quedaban, por la nube de la tristeza andaban turbados en su mente. Porque el alma, una vez henchida de tristeza, no está para escuchar nada.

De ahí que los amigos de Job, viendo la tragedia de aquella casa, y al justo sentado en el muladar, y cubierto de llagas, rasgaron sus vestidos, y sollozaron, y en silencio se sentaron (JOB. 2,11-13), significando desde un principio que para los pacientes nada hay tan oportuno como la quietud y el silencio: porque mayor que el consuelo era la tristeza.

De ahí también que los judíos, obligados con los materiales de barro y ladrillo (Ex. 5,10-11), viendo acercárseles Moisés, no podían atender a lo que se les decía por causa de la pusilanimidad y tribulación que sufrían. Y ¿qué de admirar es esto, si han pasado por esto algunos hombres pusilánimes, cuando vemos que los discípulos de

Cristo han contraído esta enfermedad? Porque después de aquella mística cena, cuando Cristo les hablaba, llamados aparte, desde un principio preguntábanle los discípulos: ¿Adónde vas?; mas cuando les dijo los males que les alcanzarían poco después, guerras, persecuciones, enemistades de todos, azotes, cárceles, juicios, deportaciones, como con carga pesadísima oprimido el ánimo de los mismos por el miedo de las cosas dichas y por la tristeza de las venideras, luego se quedó estúpido: por tanto, al verlos Cristo consternados, y echándose-lo en cara, decía: *Mas ahora me voy a aquél que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿adónde vas? Porque os he dicho estas cosas, vuestro corazón se ha llenado de tristeza* (Jn. 16,5-6).

Por esto yo también he callado los días pasados, esperando la presente oportunidad. Que si quien tiene que rogar a otro, aunque se haya de tratar de cosas convenientes, espera, no obstante, la ocasión oportuna, para que halle tranquilo y bien impresionado al que ha de otorgar la petición, a fin de que habiendo logrado el auxilio del tiempo, consiga el beneficio; con mucha más razón necesita el orador buscar tiempo cómodo para pronunciar los discursos ante auditorio bien afecto y libre de toda solicitud y tristeza, que es exactamente lo que ahora he hecho.

2. Ahora, pues, ya que habéis sacudido la tristeza, quiero primero refrescar la memoria de lo dicho, para que el discurso os sea más claro, pues lo que dije en la creación del mundo, que lo fabricó Dios, no sólo pulcro y admirable, sino también enfermo y corruptible, y además que dejó de esto muchas demostraciones, dispensando ambas cosas para provecho nuestro, guiándonos por la hermosura a la admiración del criador, y por la flaqueza retrayéndonos de adorar la criatura; y que esto también es de ver cómo ha sucedido en nuestro cuerpo, pues sobre éste preguntan tanto los enemigos de la verdad como de los nuestros no pocos, ¿para qué ha sido hecho corruptible y mortal?

CONTRA LOS MANIQUEOS. Pero muchos de los gentiles y de los herejes ni admiten que ha sido hecho por Dios: porque estiman indigno de Dios que haya en la creación horduras, sudores y lágrimas, y trabajos, y calamidades y otras cosas más, discurriendo por todo el cuerpo. Pero yo, ya que he empezado a tratar de esto, podría responder primeramente: No me hables de este hombre que, habiendo prevaticado, está privado de honor y condenado; pero si quieres aprender qué tal cuerpo nos figuró Dios al principio, vamos al paraíso y veamos al hombre hecho desde el principio.

Porque aquel cuerpo no era así corruptible y mortal, sino como una estatua de oro recién salida del horno y espléndidamente refulgente; así estaba aquel cuerpo libre de toda corrupción, y ni el trabajo le atormentaba ni le perjudicaba el sudor, ni le acosaban los cuidados, ni le envolvía la tristeza, ni sufría cosa alguna que perjudicarle pudiera; después, empero, no usó moderadamente de la felicidad, sino que el hombre injurió al bienhechor, y pensó que un mentiroso demonio, siendo Dios quien gobierna, es quien le había puesto en honor, y que era más digno de crédito, y confió que iba a ser hecho dios, y concibió una opinión mayor que la propia dignidad: entonces, sí, entonces también Dios, para enseñarle prácticamente, le volvió corruptible y mortal, y le sujetó con muchas necesidades, no aborreciendo, ni desdénando, sino ayudando y destruyendo de raíz aquella ímproba y pestilente soberbia que brotaba, y no permitiendo pasar más adelante, sino enseñándole, por la experiencia misma de las cosas, que era mortal y corruptible, y persuadiéndole así que jamás pensase o soñase tales cosas, porque el diablo había dicho: *Seréis como dioses* (GÉN. 3,5). Queriendo, pues, arrancar de raíz esta sentencia, hizo el cuerpo del mismo enfermizo, sujeto a enfermedades y miserias, enseñando por la misma naturaleza, para que jamás admitiera tal pensamiento.

Y que esto es la verdad, es manifiesto ciertamente, sobre todo por lo acaecido en su derredor, puesto que luego de aquella esperanza fue castigado con la pena. Y reflexiona conmigo la prudencia de Dios: no permitió que él mismo muera el primero, sino que esto lo padezca su hijo, para que habiendo visto por sus ojos el cuerpo que se descomponía y marchitaba, recibiese de este aspecto una gran lección de filosofía, y se diera cuenta de lo que había sucedido, y así bien corregido se retirase de allí.

DEFINICIÓN DEL HOMBRE SEGÚN LOS FILÓSOFOS. Sobre todo, pues, por lo que he dicho y por las cosas hechas, está manifiesto, pero no lo será menos por las que se han de decir claro. Pues si constriñéndonos tal necesidad, y muriendo todos, y padeciendo corrupción, y marchitándose a vista de todos, y convertidos en polvo, y dando todos los filósofos una misma definición completa; pues preguntados qué es, en fin de cuentas, un hombre, dicen un animal racional, mortal; si pues confesando esto todos, se han atrevido muchos a hacerse inmortales, según opinión de muchos, y testificando los ojos la muerte, pretendieron ser declarados dioses, y fueron adorados como dioses: si no hubiese la muerte enseñado a todos lo mortal y corruptible de la natura-



leza, ¿en qué extremos de impiedad no hubieran incurrido los hombres? Escucha si no lo que dice el profeta de cierto rey bárbaro arrebatado de este furor: *Sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono, ... sobrepujaré la altura de las nubes, semejante seré al Altísimo* (Is. 14,13-14). Pero riéndose del mismo, y declarando su muerte, dice: *Tendrás por colchón la podredumbre, y tu cubierta serán los gusanos* (Ib. 14,11). Y lo que dice es así: Un hombre a quien aguarda tal fin, ¿se atreve a pensar tales cosas? Y de nuevo habló de otro, del rey de Tiro, que se preparaba cosas parecidas y que quería ser tenido como dios, dice: *Siendo tú un hombre sujeto a los que te han de matar, y no un dios* (Ezq. 28,9).

Así pues, para quitar totalmente desde un principio todo motivo de soberbia e idolatría, Dios nos preparó tal cuerpo. Y ¿de qué te admiras, si esto se ha hecho en nuestro cuerpo, pudiendo verse otro tanto obrado en nuestra alma? Es decir: Dios no la ha hecho mortal, sino inmortal quiso que fuera; pero la sometió al olvido, y a la ignorancia, y a la tristeza, y a los cuidados: e hizo esto, para que al mirar la propia generosidad, no conciba una opinión más grande que la propia dignidad. Porque si algunos, aun siendo esto así, se atreven a decir que el alma es de la sustancia de Dios, de haber estado exenta de tales defectos, ¿a qué excesos no se habrían propasado los tales? Sin embargo, lo que decía de la creación del mundo, también lo digo del cuerpo, que por ambas cosas admiro igualmente a Dios, tanto por haberlo hecho corruptible, como por haber demostrado en lo corruptible su poder y sabiduría. Pues que podía hacerlo de materiales mejores lo enseña en los cielos y en el sol. Pues el que los hizo tales, también hacer éste tal, de haber querido, hubiese podido: mas la causa de la inestabilidad es la que arriba hemos dicho. Pero esto no debilita la fuerza admirable del Creador, sino que más la provoca: pues la vileza de la materia más demuestra la abundancia y excelencia del arte, que con lodo y pavesa ha logrado tanta armonía, y tales y tan varios sentidos, y omnímodos y que tanto pueden filosofar.

3. Así pues, cuanto más acusas la pobreza de la sustancia, tanto más admira la grandeza del arte divino. Porque también al escultor admiro, no sólo cuando fabrica una hermosa estatua de oro, sino cuando, en fuerza del arte, consigue exhibir una admirable y no sospechada belleza trabajada con deleznable barro. En aquél hasta la materia de la estatua favorece, pero en ésto sólo hay ostentación de arte.



SABIDURÍA DE DIOS EN LA CONSTITUCIÓN DE LOS OJOS. Mas si tú quieres aprender cuánta es la sabiduría de Dios, que nos ha criado, piensa en lo que de barro se hace: ¿qué será sino ladrillo y vasijas de barro? No obstante, Dios, artífice sumo, del barro de donde sólo ladrillos y vasijas salen, pudo hacer el ojo tan hermoso, que todos los que lo miran quedan estupefactos, ya de que tenga tanto poder, que pueda contemplar la grandísima mole del aire, y que ayudado de tan pequeña pupila pueda abarcar tantos cuerpos, y los montes, y los bosques, y los valles, y los mares, y el cielo. No me hables de lágrimas ni de legañas: esto ha sobrevenido por tu pecado; sino piensa en su hermosura, y en la facultad de ver, y cómo recorriendo tanta extensión de aire, ni trabaja, ni se fatiga; mientras que los pies, a poco que hayan andado, se lastiman y se cansan, el ojo, traspasando tanta profundidad de aire y tanta anchura, no siente debilidad ninguna. Pues siéndonos éste uno de nuestros miembros más necesarios, no permitió que sea abatido del trabajo, para que así tuviéramos expedito y libre su ministerio. Pero ¿quién sería capaz de exponer todo el poder de este miembro?

Y ¿qué hablo de la pupila y de la potencia de ver? Que si lo que parece lo más vil de todos los miembros, los párpados y pestañas del ojo, escudriñares tan sólo, aun en esto descubrirás la grande sabiduría de Dios Creador. Pues así como las aristas en las espigas, a manera de lanzas presentadas, rechazan a los pájaros, no permitiéndoles descansar sobre el grano y romper la débil cañita: así también en los ojos están puestas las pestañas de los párpados a guisa de aristas y espinas, que rechazan el polvo, las pajas y todo cuanto atormenta del exterior, y que no permiten que los párpados se infesten.

Pero admira también otra vez la sabiduría no inferior a ésta en las cejas. ¿Quién no queda estupefacto del sitio mismo?, porque ni están desmedidamente largas, ni tampoco están más recogidas que lo preciso (o ni están demasiado prominentes, ni tampoco demasiado hundidas), de modo que oscurezcan los ojos; sino a modo del alero de la casa, así sobresalen por arriba, a fin de recoger el sudor que corre de la frente y que no pueda dañar a los ojos. Para esto también tienen los pelos naturales, que por estar espesos, sostienen lo que fluye, y que protegen cuidadosamente, a la vez que proporcionan a los ojos gran belleza. Ni es esto sólo lo que podrían admirarse, sino también otra cosa no menos que ésta. ¿Por qué motivo los pelos de la cabeza crecen y se cortan, y no así los de las cejas? Porque hemos de pensar que esto no se ha hecho temeraria ni fortuitamente, sino para que no

obscorezcan los ojos al caerse, que es lo que pasa a los viejos decrepitos.

Y ¿quién sería capaz de conmemorar toda la sabiduría demostrada en el cerebro? Porque primero lo hizo tierno, muelle, porque es el origen fontal de todos los sentidos; luego, para que no se perjudicase por su propia naturaleza, lo defendió con huesos por todos lados; además, para que por la dureza de los huesos no quede desmenuzado, le puso intermedia una membrana, y no un sola, sino otra, la primera en el contacto con la calavera, y la otra envolviendo la masa del cerebro por arriba (aquella, la duramáter; ésta, la píamáter), más dura aquella que ésta. Lo cual fue así hecho, ya por la mentada causa, ya para que las heridas recibidas en la cabeza no vayan a dar primero en el cerebro, sino que poniéndose delante las dichas membranas, lo preserven de todo daño en los golpes y lo conserven sano.

Es más, porque el que los huesos que los defienden no sean uno solo y continuo, sino que tengan muchas suturas de muchos huesos, es para él causa de grande seguridad. Pues que de los vapores que lo contienen tiene por las dichas suturas fácil respiración, de suerte que no esté ahogado; y si de otra parte se le hiere, el daño no se produce por todo. Pues si la cubierta ósea fuera sola y continua, herida que se hiciera en una parte, hubiera lesionado el todo; ahora, empero, habiendo sido dividido en muchos huesos, esto no podría verificarse. Que si acontece que una parte es herida, sólo queda herido el hueso que está próximo al lugar, pero todos los demás quedan ilesos, siendo interrumpida la continuidad de la herida por la división de los huesos, sin que pueda extenderse al inmediato. Por lo cual le formó Dios la cubierta o tegumento de muchos huesos; y así como quien edifica una casa, sobrepone techo y tejas, así Dios sobre la cabeza colocó los huesos, e hizo nacer el pelo, para que sirviesen de una especie de cubierta.

Otro tanto hizo también en el corazón. Pues porque el corazón es el más principal de los miembros nuestros, y toda la firmeza de nuestra vida tiene encomendada, y herido de cualquier modo el corazón sobreviene la muerte, lo protegió por todas partes con sólidos y duros huesos, por delante con el pecho prominente y por detrás con las espaldas; y lo mismo que en el cerebro con las membranas se hizo también en éste. Pues para que en los frecuentes saltos, y al palpar con ira con tales movimientos no sea destrozado por la aspereza de los huesos que lo envuelven y no sienta dolor, también lo defendió

con muchas membranas, y sobrepuso el pulmón, como un blando colchón preparado a los saltos del mismo, a fin de que impunemente salte en erupciones sin que padezca mal alguno.

Mas, ¿qué estoy diciendo del cerebro y del corazón, siendo así que, si alguno investiga, hasta sobre sus uñas, también hallará que aparece la gran sabiduría de Dios en ellas, tanto por la forma de ellas, como por la materia y el sitio de las mismas? Podría decir o hablar también sobre el porqué tenemos los dedos desiguales, y sobre muchas otras más cosas; mas por lo dicho, bastantemente para los que quieren reflexionar resplandece la sabiduría de Dios nuestro Creador: dejando, pues, esta parte para que los aplicados trabajadores lo busquen con diligencia, trataré de otro punto.

4. EL HOMBRE AVENTAJA A LOS ANIMALES; CÓMO. Son muchos los que, además de lo dicho, objetan también así: —¿cómo es que, si el hombre es el rey de los animales, son muchos de entre ellos los que le ganan en fuerza, en agilidad, en velocidad? Porque el caballo es más veloz que el hombre, y el buey más resistente, y más ligera el águila, y más fuerte el león.

Pues ¿qué podemos responder a esto? Que también de esto se nos hace muy cognoscible la sabiduría de Dios, y la honra con que nos adornó.

Cierto que el caballo es más veloz que el hombre, pero el hombre para la velocidad de las marchas es más cómodo que el caballo. Porque el caballo, aun el más veloz y resistente, apenas en el día correrá doscientos estadios<sup>2</sup>; mientras que el hombre, mudando sucesivamente los caballos de su carroza, podrá hacer los dos mil estadios. De suerte que lo que la velocidad da al primero, la razón y el arte dan al segundo con mayor ventaja: y no teniendo el hombre pies tan veloces como aquél, tienen no obstante los pies ajenos que le sirven como los propios.

Porque de los brutos ninguno podrá someter a otro para su servicio, mientras que el hombre con todos lo intenta, y por varias mañas recibidas de Dios, somete a cualquiera de los animales para el servicio que le resulta más conveniente. Pero si las piernas del hombre hubieran sido tan fuertes como las de los caballos; para otras cosas hubieran sido inútiles, para las escabrosidades y cimas de los montes,

---

2. Medida de 100 pasos griegos=600 pies=125 pasos romanos ó 635 pasos geométricos. 29 estadios=legua castellana=5,555 metros (TORRES AMAT.).



para subir a los árboles: porque el casco suele ser estorbo para tales cosas. Así resulta que los pies de los hombres, aunque más blandos, son no obstante más oportunos para muchos usos, y en nada están dañados por la debilidad, sirviéndole la fuerza del caballo, y aventajándole por la variedad de los andares.

También el ala del águila es más leve; pero tengo yo la razón y la astucia por la que puedo cazar toda suerte de animales voladores y cogerlos. Mas si quieres ver mis alas, las tengo mucho más leves, no hasta unos diez estadios, o hasta veinte, y aun hasta el cielo; que vuelan hasta sobre el cielo, y sobre el cielo supremo, en donde Cristo está sentado a la diestra de Dios.

Además, los brutos en su cuerpo llevan armas: así el toro, los cuernos; el jabalí, los colmillos; el león, las garras; pero a mí no me repostó Dios de armas en el cuerpo, sino fuera del cuerpo, para enseñar que el hombre es animal manso, y que no en todo tiempo tengo las armas, porque con frecuencia las deseo, y otras veces las cojo en las manos, y para que ande libre y suelo, y no esté siempre cargado con las armas, Dios las puso separadas de mi naturaleza. Pues no sólo adelantamos a los animales porque tenemos naturaleza racional, sino que en el cuerpo les adelantamos: y esto, que es conveniente a la nobleza del alma e idóneo para sus mandatos, Dios lo ha preparado; pues no a tontas hizo tal el cuerpo, sino cual era conveniente para ser el servidor de la naturaleza racional, que de no ser así hubiéranse estorbado grandemente las operaciones del alma, como está manifestado en las enfermedades. Pues a poquito que se desvíe de la propia constitución la situación de la carne, muchas de las operaciones del alma están impedidas, por ejemplo: si el cerebro se pone más caliente, o más frío. Así es que se puede observar la mucha providencia de Dios también por el cuerpo, no solamente porque al principio lo hizo mejor que lo es ahora, sino también porque Dios lo resucitará luego para gloria mucho mayor.

Mas si aún quieres aprender cuánta sabiduría haya demostrado Dios acerca del cuerpo, añadiré esto, que parece que Pablo admiraba a la continua más que todo. Y ¿qué es ello? Hizo que el un miembro aventaje al otro, no en lo mismo, sino que dispuso que los unos aventajen por la hermosura, los otros por la robusted; así: hermosos los ojos, pero más fuertes los pies; preciosa la cabeza, pero no puede decir a los pies: no os necesito (1 Cor. 12,21). También puede observarse esto en los brutos, e igualmente en toda la vida. Pues el rey

necesita vasallos, los vasallos de rey, como los pies de la cabeza. Otro tanto sucede en los brutos, pues los unos son más fuertes, los otros más hermosos; los unos nos recrean, los otros visten; el pavón nos deleita, las gallinas y los puercos nos alimentan; las ovejas y cabras nos visten, el caballo y el asno colaboran. Pero también hay otros que nada de esto nos proporcionan, pero ejercitan nuestra virtud, como las fieras, que aumentan la fortaleza de los cazadores, y por el miedo instruyen a nuestro linaje, y le vuelven más cauto, y no dejan de proporcionar a la medicina un gran tributo con sus cuerpos y propios miembros.

Cuando, pues, alguien te diga: —¿Cómo eres señor de los brutos tú que temes los leones?, responde que al principio no fue así, cuando los hombres eran estimados de Dios, cuando moraban en el paraíso; mas luego que ofendí al Señor, quedé sometido con los siervos, aunque no del todo, ya que tengo el arte con que supero a las fieras. Que también sucede algo así en las grandes casas, que los hijos, aunque sean nobles, mientras tienen poca autoridad temen a muchos servidores; y cuando además han caído en falta, la ansiedad mucho más se acrece. Esto puede aplicarse a las serpientes, escorpiones y víboras, que por nuestro pecado nos resultan temerosas.

5. Mas no sólo en nuestro cuerpo y en las varias condiciones, y en los brutos, sino que también en los árboles puede notarse esta variedad, y verás que el más despreciable de todos muchas veces gana al mayor, y que no se junta todo en todos, para que tengamos necesidad de todos, y notemos la varia sabiduría del Señor.

No acuses, pues, a Dios porque el cuerpo es corruptible, antes bien adórale por esto, y admira la sabiduría y providencia del mismo: la sabiduría, sí, porque pudo poner tanta armonía en cuerpo tan corruptible; la Providencia, porque lo formó corruptible para utilidad del alma, para comprimir la hinchazón y corregir la soberbia.

Mas dirá alguno: ¿Por qué Dios no lo hizo así desde un principio? El se excusaba ante ti con las mismas obras y tan sólo le faltaba decir por lo acaecido: Yo en verdad te llamaba para mayor honor, pero te has hecho indigno de esta distinción, cayendo en el paraíso; con todo, ni aún así te despreciaré, sino que, corrigiendo tu pecado, te guiaré al cielo. Pues por esto he permitido que por tanto tiempo te consumas y corrompas, para que por la prolijidad del tiempo se te asentase por regla la enseñanza de la humanidad, y nunca más vuelvas a los primeros pensamientos.

Demos, pues, gracias al benigno Dios por todo esto, y respondamos con gratitud por este cuidado; que también nos sea útil, y del mandamiento de que muchas veces os he hablado, tengamos mucha cuenta. Que no desistiré hasta que lo hayáis cumplido, porque no se me pregunta si he tenido que usar de pocas o de muchas advertencias, sino si he amonestado hasta que os haya persuadido. Dios cierto es que por el profeta decía a los judíos: *Ayunáis para seguir los pleitos y contiendas y herir con puñaladas a otro sin piedad* (Is. 58,4). A vosotros, empero, os dice por mí: Si para jurar y perjurar ayunáis, ¿para qué ayunáis? Porque, ¿cómo veremos la Santa Pascua? ¿Cómo recibiremos el Santo Sacramento? ¿Cómo participaremos en los misterios admirables con aquella lengua con la que pisoteamos la ley de Dios, con aquella lengua con la que hayamos contaminado el alma? Si nadie se atrevería jamás a tocar la púrpura regia con las manos manchadas, ¿cómo recibiremos el Cuerpo del Señor con lengua poluta? Puesto que el juramento es del maligno, pero el sacrificio-sacramento es del Señor. “¿Qué compañía puede haber entre la luz y las tinieblas? O ¿qué concordia entre Cristo y Belial (2 COR. 6, 14-15)?”.

Ya sé claramente que cuidaréis de veros libre de esta mancha impía; mas como a cada cual no es fácil lograrlo por sí mismo, hagamos compañía y secciones; y como hacen en los convites los pobres, ya que uno sólo no puede ofrecer un banquete completo, reúnanse todos y dan un convite a escote: hagamos también nosotros lo mismo, cuando de nosotros somos perezosos, habiendo repartido los cuidados, pactemos el formar un consejo que amoneste, exhorte, increpe, amenace, para que con el cuidado de cada uno todos nos portemos rectamente. Pues ya que lo que toca a los prójimos lo vemos más agudamente que no las cosas nuestras, no seamos custodios de los demás, sino que les encomendemos la guarda de nosotros, y hagamos esta hermosa contienda, a fin de que venciendo esta torpe costumbre, lleguemos confiados a esta santa solemnidad, y seamos partícipes del santo sacrificio con esperanza feliz y buena conciencia, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual al Padre sea gloria en unidad con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

## HOMILIA XII

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XII.

1. Recomiéndase la memoria de los miedos pasados como despertadora de la gratitud para con Dios.—Provechos de lo sucedido que Dios nos ha buscado.—Nos ha quitado el temor y ha alejado con celeridad el peligro.—Seámosle agradecidos.

2. Recapitulación de las homilías IX, X, XI.—Sigue el discurso sobre el modo de conocer a Dios por medio de la creación.—Dios ha fabricado el mundo para todos.—Nos enseña por los animales.—La hormiga.—La abeja.—Imita a la abeja, no a la araña,—y a otros animales.—Enumeración de los animales que hemos de imitar y de otros que no han de ser imitados.

3. En el mundo nada hay inútil, aunque nos parezca otra cosa,—aunque no lo entendamos.—Fin de Dios al limitar los conocimientos humanos.—Dios inspiró al hombre la ley natural desde un principio.—Qué es ley natural.

4. El conocimiento del derecho natural está infundido por Dios en el hombre.—Ejemplo en Adán, en Caín y Abel.—En los gentiles,—por las leyes y las artes.

5. Siguen los testimonios de Pablo.—Prueba tomada de los castigos de los impíos que obran contra conciencia.—La longanimidad de Dios en castigar invita a penitencia.

6. De los juramentos.—Insiste con vergüenza y con temor.—Símil del prestamista.

\* \* \*

ADVERTENCIAS:

1.<sup>a</sup> Esta homilía díjose al día inmediato siguiente de la undécima. Fue, pues, el martes de la semana cuarta de Cuaresma según el cómputo griego, como se dice en la advertencia 3.<sup>a</sup> de la homilía XI.

2.<sup>a</sup> Sinaxa llamábase la congregación de los fieles en lugar sagrado para oír las enseñanzas de las Escrituras y verdades reveladas con participación en el sagrado culto y en los misterios.

3.<sup>a</sup> Léase lo dicho en la advertencia 3.<sup>a</sup> de la homilía X y la nota que la ilustra.

4.<sup>a</sup> Magnífica manera de entender la creación es la contenida en este pensamiento: “En el mundo nada hay inútil, aunque nos parezca otra cosa.” Forma que tomó en el siglo IV la actual ley física de la conservación de la materia y energía.

5.<sup>a</sup> Ley natural en lo moral es la conciencia de lo que es bueno y de lo que es malo.

\* \* \*

1. Dije ayer: Bendito sea Dios, y hoy otra vez repetiré lo mismo. Pues si es verdad que ha pasado ya lo grave, no obstante no debe



borrarse la memoria de ello, no para dolernos, sino para dar gracias. Pero aunque perdure la memoria de los males, jamás nos urgirá la experiencia de ellos. Siéndonos correctivo la memoria, ¿qué necesidad tenemos de pasarlos? Porque así como Dios no ha permitido que en las actuales tormentas fuéramos sumergidos, nosotros tampoco permitamos que, alejadas éstas, seamos deshechos. Nos consoló entonces que estábamos tristes; ahora que estamos alegres démosle gracias; consoló a los que suspiraban, y no los abandonó, pues nosotros, que estamos en prosperidad, no nos traicionemos cayendo en olvido desdicioso; que escrito está: *Acuérdate de la pobreza en tiempo de la abundancia* (ECL. 181,25). Recordemos, pues, los tiempos de la prueba y también que estamos en día de perdón; aun más, esto mismo hagamos con los pecados. Si hubieres pecado, y Dios te ha perdonado los pecados, recibe, sí, el perdón, y dale las gracias; pero no te olvides del pecado, no para que te consumas pensando, sino para que enseñes al alma a no entregarse al placer y a no recaer en los mismos otra vez. También Pablo obró así: pues habiendo dicho: *Me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio a mí, que fui antes blasfemo, y perseguidor y opresor...* (TIM. 1,12-13). Dijo: sea manifiesta la vida del siervo, para que aparezca la humanidad del Señor. Pues aunque recibí el perdón de los pecados, no rechazo sin embargo la memoria de los pecados. Y esto no sólo era demostrar la benignidad del Señor, sino que a la vez le hacía a él más esclarecido. Porque cuando hayas aprendido a conocer quién había sido antes, entonces más le admirarás; y cuando hayas visto de quién y quién ha sido hecho, entonces más le conminarás; y dado que hayas pecado mucho, cambiado después, tendrás gran esperanza, pues además, el ejemplo es alentador para los que están tentados de desesperación y los hace levantarse.

Esto también sucederá ciertamente en nuestra ciudad: pues todo cuanto ha sucedido es también una manifestación de vuestra fortaleza, ya que por la persistencia habéis podido desechar tanta tristeza; y predica la clemencia de Dios, que por poca penitencia ha quitado la inminente y grande nubada; también anima a los desesperados, que por lo que nos ha pasado aprenden que no puede verse hundido quien mire a lo alto y al auxilio de Dios, aunque las olas por doquiera aturdan. Pues, ¿quién ha visto, quién ha oído casos semejantes a los nuestros? Cada día sospechábamos que nuestra ciudad iba a ser arrasada hasta los cimientos con todos los habitantes; pero cuando el enemigo se prometía hundir la nave, entonces devolvió Dios la pura tranquilidad.



No olvidemos, pues, la magnitud de los males, a fin de que nos acordemos de la magnitud de los beneficios conferidos por Dios, puesto que quien desconoce la naturaleza de las enfermedades, jamás apreciará el arte del médico. Enseñemos también estas cosas a nuestros niños, y que pase por mil generaciones, y sepan todos cómo el diablo se empeñó en arrasar asolando nuestra ciudad, y cómo Dios ha podido levantar de nuevo a la que estaba arruinada y abatida, y no consintió que sufriese mal alguno, y además le quitó el temor, y alejó con grande celeridad el peligro.

Porque durante la pasada semana temíamos todos ser despojados de las haciendas, y que los soldados fueran enviados, y sospechábamos otros males sin cuento: mas he aquí que todo ha pasado, como una nube, como una sombra ambulante, y hemos sido castigados solamente por el temor; más aún, ni castigados, sino corregidos hemos sido, y hechos mejores, porque Dios ablandó el corazón del Emperador. Digamos, pues, siempre y cada día: Bendito sea Dios, y con más empeño dediquémonos a la sinaxa, y corramos a la iglesia, en donde hemos recogido tan grande provecho. Pues sabéis adónde os habéis refugiado desde el principio, dónde habéis concurrido, dónde habéis tenido la salvación. Asgamos, por tanto, el áncora sagrada, y como no nos delató ni abandonó en tiempo de los peligros, así nosotros tampoco la abandonemos en tiempo del perdón, sino que perseveremos con solicitud, y hagamos cada día reuniones y preces, y oigamos la divina palabra, y el tiempo que malgastábamos andando solícitos y preguntando con curiosidad, asaltando a los que habían venido de los campamentos, poniendo solicitud por los males presentes, todo esto empleemos en escuchar las leyes divinas, y no en ejercicios inoportunos e inútiles, para que no nos pongamos otra vez en la necesidad de tales trances.

2. En los tres días pasados hemos buscado un modo de conocer a Dios, y lo terminamos interpretando cómo *Los cielos publican la gloria de Dios* (Ps. 18,2), y también este dicho de Pablo: *Las perfecciones invisibles de Dios, aun su eterno poder y su divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo, por el conocimiento que de ella nos dan las criaturas* (ROM. 1,20), y hemos manifestado cómo por la creación del mundo, y cómo por el cielo, la tierra, el mar es glorificado el Creador. Hoy, empero, habiendo filosofado un poco sobre este asunto, pasaremos a otro discurso; pues no tan sólo hizo el mundo, sino que hizo que lo hecho fuese operativo, y ni dejándolo del

todo inmóvil, ni mandando que todo esté en movimiento, sino que el cielo sí que permaneció fijo, como dice el profeta: *El es el que extendió los cielos como una cosa muy leve, y los desplegó como una tienda de campaña en que se ha de habitar* (Is. 40,22); pero el sol con todas las estrellas corre a diario, y a su vez la tierra está fija, pero las aguas siempre se mueven, y no sólo las aguas, sino que también las nubes, las lluvias frecuentes y sucesivas que vienen en sus tiempos, y siendo una misma la condición natural de las lluvias, son diversas las cosas que por ellas son hechas, porque la lluvia se hace vino en la vid, aceite en el olivo, y savia o humores en otras plantas.

Igualmente uno es el seno de la tierra, pero diferentes frutos produce: uno es el calor del rayo solar, pero diferentemente lo madura todo, unas cosas más tarde, otras más pronto, para ofrecerlas para gastarlas. ¿Quién no se espanta y admira estas cosas? Pero ni sólo esto es de admirar que lo haya fabricado vario y diferente, sino que lo haya puesto para todos en común, para los ricos y para los pobres, para los pecadores y para los justos. Lo cual verdaderamente decía Cristo: *el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos; y llover sobre justos y pecadores* (Mt. 5-45); y llenándolo de incontables animales, y poniendo en los brutos costumbres naturales, nos mandó que a unos imitésemos, y de otros huyamos, por ejemplo: la hormiga es laboriosa y hace un trabajo pesado. Pues si lo observas, recibirás de este animal una máxima lección, para no dejarte ablandar, o para que no rehuyas los trabajos y sudores; por eso la Escritura también al perezoso envía a este animal diciendo: *Anda, oh perezoso, ve a la hormiga, y considera su obrar, y aprende a ser sabio...* (PROV. 6,6). ¿No quieres, dice, aprender de las Escrituras que es bueno el trabajar, y que no debe comer el que no trabaja? ¿No quieres escuchar esto de los doctores? Apréndelo de los brutos. También en las casas hacemos así muchas veces: cuando los mayores y de más prestigio han faltado, les exhortamos a que se fijen en los niños más ingeniosos, diciendo: ¡Mira al que es menor que tú, cuán trabajador e ingenioso es!

EL HOMBRE ES ENSEÑADO DE LOS MÁS PEQUEÑOS ANIMALES. Tú también, pues, saca de este animal una máxima exhortación a la aplicación, y admira a tu Señor, no sólo porque ha hecho el sol y el cielo, sino también porque hizo la hormiga. Pues aunque es animal exiguo, contiene una grande manifestación de la magnitud de la sabiduría divina. Considera pues cuánta es la prudencia, y admira cómo ha podido Dios en tan pequeño cuerpo infundir tantas ansias de obrar

constante. De ésta aprende el cuidado afanoso de trabajar, y de la abeja la limpieza, la diligencia y la caridad. Porque ella no trabaja más para sí que para nosotros, y se fatiga cada día, cosa muy propia del Cristiano, el no buscar sus intereses, sino los de los demás. Así pues, como ella vuela por todos los prados del contorno para preparar comida a otras, haz también tú, oh hombre, otro tanto: reúnes dineros, empléalos en otros; si tienes palabras para enseñar, no las entierres, sino expónlas con claridad a los necesitados; si tienes alguna otra cosa particular, sé útil a los que necesitan el fruto de tus trabajos. ¿No ves que la abeja es el más glorioso de los animales, no porque trabaja, sino porque trabaja para los otros? Porque la araña también trabaja y se fatiga, y extiende las tenues telarañas por las paredes, aventajando la habilidad de la mujer en ellas; pero es un animal innoble, porque su obra de ninguna manera nos es útil: así son los que para sí trabajan y se cansan.

Imita la simplicidad de la paloma, aprende del asno y del buey el amor para con el amo, copia la seguridad de las aves, que mucho puede lograrse de los brutos para corregir las costumbres.

Cristo nos instruye también por los animales, pues dijo: *Habéis de ser prudentes como serpientes, y sencillos como palomas* (Mt 10,16). Y otra vez: *Mirad las aves del cielo, que ni siembran, ni siegan, ni tienen graneros y vuestro Padre celestial las alimenta* (Mt. 6,2,6). Y el profeta, para avergonzar a los ingratos judíos, así dijo: *El buey reconoce a su dueño, y el asno el pesebre de su amo; pero Israel no me reconoce, y mi pueblo no entiende mi voz* (Is. 1,3). Y otra vez: *La tórtola, y la golondrina, y la cigüeña saben discernir constantemente la estación de su transmigración; pero mi pueblo no ha conocido el tiempo del juicio del Señor* (Jer. 8,7).

De estos y de semejantes animales aprende a ejercitar la virtud, y de los contrarios a huir de los vicios. Que así como es benéfica la abeja, es perniciosa la avispa y el áspid<sup>3</sup>; por tanto, aléjate de su malicia, para que no oigas: *Veneno de áspides es lo que tienen debajo de ellas [las lenguas]* (Ps. 139,4). Atrevido es, a su vez, el perro, pues aborrece también esta mala costumbre: dolosa y fraudulenta es la zorra, no imites este vicio, mas al modo que la abeja, volando por los prados, no lo recoge todo, sino que tomadas las sustancias útiles deja

---

3. Abeja=apis; aspis=áspid, en latín; en español dice mejor: abeja y avispa.



las restantes; así lo hagas tú al recorrer los géneros de animales: si hay en ellos alguna cosa útil, tómalas, y las habilidades que ellos tienen de la naturaleza, tú por tu albedrío adquiérelas, pues también estás honrado de Dios por esto, que las prerrogativas naturales de los brutos te concedió a ti conseguirlas por tu libre albedrío, para que tengas premios. Pues en aquéllos las obras buenas no son por elección y por razón, sino por sola naturaleza. Verbigracia: la abeja fabrica miel, no inducida a ello por la razón, sino guiada por la naturaleza: porque de no ser obra natural, y propiedad de toda la especie, sería del todo preciso que hubiese algunas no prácticas o inexpertas del arte: pero desde que fue el mundo hecho y hasta el día presente nadie ha visto abejas que están paradas y que no fabrican miel. Que las cosas estas naturales son comunes a toda la especie, mas las que dependen del libre albedrío no son comunes, pues necesitan del trabajo para lograr éxito.

3. EN EL MUNDO NADA HAY INÚTIL, AUNQUE NOS PAREZCA OTRA COSA. Tomando, pues, todo lo mejor, serás recubierto de un manto, pues eres el rey de los irracionales; y los reyes, todo cuanto de bueno hay en los súbditos, sea oro, sea plata, sean piedras preciosas, sean vestidos lujosos, todo lo poseen ellos con sobreabundancia: y por la criatura admira al Señor. Pero si algo de lo visible te aventaja, y no das con la razón, entonces glorifica al Creador, porque a tu mente sobrepuja la sabiduría de sus obras.

Nunca digas: esto, ¿por qué? ¿para qué esto? porque toda cosa es útil, aunque ignoremos la razón. Pues así como si entras en el gabinete de un médico y ves expuestos muchos instrumentos admiras tanta variedad, aunque desconozcas el uso de los mismos, haz otro tanto también con la creación, y cuando vieres en los animales, hierbas, plantas y otras cosas muchas cuyas utilidades desconozcas, admira la variedad de las mismas y queda estupefacto también de Dios óptimo y opífice y Creador de ellas: porque ni te dio conocimiento de todas, ni todas son incógnitas. Porque o las hizo todas incógnitas, para que no digas que el mundo existe sin providencia; mas no te permitió que todas las cosas te fueran conocidas, para que la grandeza del conocimiento no te levantase a soberbia.

Pues por ahí atacó al primer hombre un ímprobo demonio, el que le precipitó, con la esperanza de ciencia mayor, quitándole la que tenía: por esto cierto sabio amonesta diciendo: *No te metas en inquirir lo que es sobre tu capacidad, ni en escudriñar aquellas cosas que*

*exceden tus fuerzas, sino piensa siempre...* (ECCLO. 3,21-22): porque muchas de sus obras están secretas; y otra vez: *Muchas cosas se te han enseñado que sobrepujan la humana inteligencia* (Ib. 3,25). Pero dijo esto para consolar al triste y apenado de que no todo lo conoce, pues dice, hasta lo que conoces excede en mucho a tu prudencia, que no lo has inventado tú, sino que has sido por Dios enseñando.

Está, pues, contento con las riquezas recibidas, y no preguntes más, sino da gracias por lo que has recibido, no te indignes por lo que no has recibido, y por las cosas que conoces glorifícale, para que no seas escandalizado por las que no conoces: ambas cosas las ha hecho Dios útilmente, atendiendo a tu salvación, unas te ha revelado, mientras te ha ocultado otras.

Como he dicho, hay un solo modo de conocer ciertamente a Dios, capaz de consumir muchos días. Porque para recorrer la composición del hombre sólo con diligencia (digo con la posible diligencia, no con la verdadera diligencia: porque aunque hemos dicho muchas razones de las obras, hay, no obstante, muchas otras arcanas, conocidas de Dios que las hizo; pues nosotros no todas las sabemos): pues para discurrir con diligencia sobre la formación del hombre, y que en cada miembro descubramos la sabiduría, ya consideremos en los nervios, venas, arterias la distribución, el sitio, y la formación de todo lo demás, ni el año entero nos bastaría para esta exposición. Por esto, dando aquí fin a este discurso, y sirviendo de norma para recorrer las otras partes de la creación a los laboriosos y diligentes lo dicho, vamos a mudar el sermón a otra hipótesis, también demostrativa de la Providencia de Dios.

Pues ¿cuál es la segunda hipótesis?—Dios, cuando al principio hizo al hombre, le inspiró la ley natural.— Pero, y ¿qué es la ley natural? Nos imprimió la conciencia, y quizo que por la naturaleza fuese puesta en nosotros la ciencia de lo bueno y de lo malo contrario. Pues no tenemos que aprender que es malo el fornicar, y que es bueno el ser continente, sino que lo sabemos desde un principio. Y para que aprendas que sabíamos esto desde el principio, el legislador, al dar después las leyes, y decir: “No matarás” (Ex. 20,13), no añadió: porque matar es malo, sino sencillamente dijo: “No matarás”: que sólo vedó el pecado, mas no enseñó. Pues, y —¿por qué el que dijo: “No matarás” no añadió porque el matar es malo?— Porque antes nos enseñó esto la conciencia, y habla para los que sabían y entendían. Mas cuando habla de otro precepto, que no nos era conocido por la con-

ciencia, no sólo prohíbe, sino que alega la causa. Así pues, al dar la ley sabática y decir: *Ningún trabajo harás en él [sábado]* (Ex. 20,10), añadió la causa de la cesación simultáneamente: ¿cuál? *—Por cuanto en seis días el Señor hizo [todas las cosas] el cielo, y la tierra, y el mar, y todas las cosas que hay en ellos, y descansó en el día séptimo: por esto bendijo el Señor el día de sábado y lo santificó* (Ib. 20,11) (Dt. 24,18). Dimes pues:—¿Por qué alegó causa para el sábado, y nada semejante hizo para el no matar?— Porque éste del sábado no era un mandamiento de los primarios, ni de los encontrados por la conciencia, sino particular y temporal; por esto después fue quitado; mas los necesarios y que encierran nuestra vida son aquéllos: *no matarás, no hurtarás, no fornicarás* (Ex. 20,13-15): y, por tanto, de ninguna manera añade el motivo, ni aduce doctrina, sino que juzga que sólo es necesario prohibirlo.

4. EL CONOCIMIENTO DEL DERECHO NATURAL ESTÁ INFUNDIDO EN EL HOMBRE. Y no sólo por esto, sino por otras cosas, tengo empeño en demostraros cuál había sido instituido el hombre para el conocimiento de la virtud. Primeramente Adán admitió el pecado, y después del pecado, al momento se escondió. De no haber conocido que había perpetrado algo malo, ¿por qué se ocultó? Porque no había escrituras, ni ley, ni Moisés: ¿cómo conoció el pecado, pues se escondía? Y no sólo se encubre, sino que al haber sido recriminado, procura echar la culpa a tercero diciendo: *La mujer, que tú me diste por compañera, me ha dado del fruto de aquel árbol y he comido* (GÉN. 3,12). Y ella, a su vez, traspasa la culpa a otro, es decir: a la serpiente. Pero advierte la sabiduría de Dios: pues habiendo dicho Adán: *He oído tu voz en el paraíso, y he temido porque estoy desnudo, y así me he escondido* (Ib. 3,10), Dios no reprende, desde luego, lo hecho, y no dijo: pues ¿por qué comiste del árbol? —Sino ¿cómo? *Pues ¿quién te ha hecho advertir que estás desnudo, sino el haber comido del fruto de que yo te había vedado que comieses...?* (Ib. 3,11). Ni calló, para provocarle a que confesase, ni claramente le reprendió, para que no lo pusiera todo Dios y él quedase privado del perdón, que se nos proporciona con la confesión. Por esto no dijo manifestamente la causa, de la cual había nacido el conocimiento, o la mutación, sino que le dirige la palabra en forma de pregunta, para dejarle puerta abierta para la confesión.

Otro tanto puede observarse en Caín y Abel. El primero ofrecía a Dios las primicias de sus trabajos. Porque demostramos que el hom-



bre había sido dotado de ciencia, no sólo del pecado, sino también de la virtud. Que el hombre sabía que el pecado era el mal, demostrólo Adán, pero que sabía que la virtud era el bien, también lo manifestó Abel. Porque ni fue enseñado por otro, ni por haber oído la ley que imponía las primicias, sino enseñado por su conciencia ofreció aquel sacrificio. Por esto no descendo a los posteriores, sino que trato de los hombres primeros, cuando ni había escrituras, ni ley, ni profetas y jueces, sino tan sólo Adán con sus hijos, para que aprendas que la ciencia de lo bueno y de lo contrario había sido infundida antes en la naturaleza. De ella, pues, aprendió Abel que eran buenas las ofrendas, que era bueno el venerar a Dios, y el darle gracias en todo. —Pero, ¿es que Caín no ofreció?— En verdad, también éste ofreció, pero no de igual manera. Y de aquí también se manifiesta de nuevo el conocimiento de la conciencia: pues porque envidiaba al que había sido honrado, y deliberaba de matarle, ocultaba su engañosa determinación, y ¿qué dice?: *Salgamos fuera* (GÉN. 4,8). Otra falacia, pues hay simulación de caridad: otra la sentencia, que es la deliberación de fratricidio. Porque si no juzgaba por malo su consejo, ¿por qué lo ocultaba, y aún después de cometida la muerte, otra vez preguntado de Dios: *¿Dónde está tu hermano Abel?* dijo: *No lo sé: ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?* (GÉN. 4,9). Pues ¿por qué niega? ¿no es manifiesto que se condena a sí mismo grandemente? Pues así como su padre se había escondido, éste niega; y después de la pregunta dice otra vez: *Mi maldad es tan grande, que no puedo ya esperar perdón* (Ib. 4,13). —Mas el gentil no lleva o admite estas cosas—. Ea pues, hablemos también con él, y como lo hemos hecho con la creación, no sólo por las Escrituras, sino también con razones promoviendo disputas contra ellos, hagamos también lo mismo ahora acerca de la conciencia. Porque Pablo emplea también este argumento contra aquellos paganos.

Y ¿qué es, en limpio, lo que dicen? —No tenemos ley impuesta de suyo por la conciencia, ni Dios la imprimió en la naturaleza—. ¿De dónde, entonces, de dónde, preguntaré, los legisladores de entre ellos escribieron sobre las nupcias, muertes, testamentos, depósitos, de no oprimir a los prójimos y de infinitas más cosas y sobre esto legislaron? Porque los presentes quizá lo han aprendido de los mayores, y éstos de los anteriores, y aún estos también de los predecesores: pero los primeros de todos y que desde un principio dieron leyes entre ellos, ¿de quién aprendieron? ¿No es verdad que de la conciencia?

Pues no podrían decir que hayan estado con Moisés, que hayan oído a los profetas: ¿cómo? ¿los que eran gentiles? Mas patente está que ellos pudieron haber dado las leyes y haber inventado las artes y otras mil cosas mediante esta ley que Dios, al formar al hombre desde un principio, le impuso: que también las artes se han desarrollado cuando aquellos antiguos, por su ingenio propio, se aproximaron a ellas. Así se establecieron los tribunales y las penas: lo que también dice Pablo. Pues como muchos de los gentiles habían de contradecir y dirían: ¿Cómo juzgará Dios a los hombres anteriores a Moisés? No envió legislador, ni dio ley, no preparó profeta, ni apóstol, ni evangelista: ¿cómo podrá imponerles las penas?, queriendo Pablo demostrar que tenían enseñada la ley por la naturaleza y manifiestamente sabían lo que debía hacerse, oye lo que dice: *Cuando los gentiles, que no tienen ley [escrita], hacen por razón natural lo que manda la ley, estos tales, no teniendo ley, son para sí mismos ley [viva], y ellos hacen ver [que] lo que la ley ordena [está] escrito en sus corazones. —¿Cómo sin escrituras?— como se lo atestigua la propia conciencia y las diferentes reflexiones que allá en su interior ya los acusan, ya los defienden, [como se verá] en aquel día, en que Dios juzgará los secretos de los hombres, por medio de Jesucristo...* (ROM. 2,14-16). Y otra vez: *Todos los que pecaron sin [tener] ley [escrita], perecerán sin [ser juzgados por] ella; mas todos los que pecaron teniéndola por ella serán juzgados* (ROM. 2,12). ¿Qué es eso: “perecerán sin ella”? No acusando la ley, sino la conciencia y los pensamientos. Pero si no hubiesen tenido la ley de la conciencia, no debían perecer los mismos que pecaban: pues ¿cómo si pecaron sin ley? Mas cuando dice *sin ley*, no dice que no tuvieron ley, sino que no tuvieron ley escrita, pero que tuvieron la ley natural. En otro lugar (v. 10): *Mas la gloria, el honor y la paz de todo aquel que obra bien, del judío primeramente y del griego.*

5. Pues todo esto decía de los tiempos anteriores, que fueron antes de la venida de Cristo. Y llama aquí Griego no al idólatra, sino al que adoraba a un solo Dios, pero que no era seguidor de las observancias judaicas, del sábado, de la circuncisión y de las varias purificaciones; pero que practicaba la sabiduría y toda piedad. Y de nuevo, hablando de lo mismo, dijo: *Así que, tribulación y angustias [aguardan sin remedio] al alma de todo hombre que obra mal, del judío primeramente, [y después] del griego* (ROM. 2,9). Otra vez llama aquí Griego al que está libre de las observancias de los Judíos. —Pues ¿cómo, si no



oyó la ley, ni trató con los Judíos, cómo tendrá ira, indignación y tribulación por obrar lo malo?— Porque tiene en lo interior la conciencia que increpa, y enseña, e instruye sobre todas las cosas. —¿Por dónde es manifiesto?— Por aquellas cosas en que a otros castigó, dio leyes, constituyó tribunales. Que para declarar esto, Pablo decía de los que vivían en el vicio: *Los cuales, en medio de haber conocido la justicia de Dios, no echaron de ver, que los que hacen tales cosas, son dignos de muerte, y no sólo los que las hacen, sino también los que aprueban a los que las hacen* (ROM. 1,32). Y ¿por dónde conocieron ser voluntad de Dios que los que viven en impiedad sean castigados? ¿por dónde?—Por las cosas en que juzgaban a los que pecaban. Porque si no juzgas que es malo el matar, al haber cogido a un homicida no le castigarás por sentencia tuya: si no tienes por malo el adulterio, cuando cayere un adúltero, líbralo de pena. Pero si para los pecados ajenos dictas leyes, aplicas penas y eres juez severo: ¿qué excusa puedes tener, en las cosas en que tú mismo pecas, diciendo que ignorabas lo que debía hacerse? El y tú habéis fornicado. ¿Por qué a él castigas y a ti juzgas digno de perdón? Porque si no sabías que el adulterar era malo, ninguno de los dos debía ser castigado; pero si al otro de los dos castigas, mientras que a ti te estimas para huir la pena, ¿cómo puede parecer conforme a la razón que los reos de los mismos crímenes no paguen las mismas penas? Por tanto, Pablo, acusando esto mismo, decía: *Tú, pues, oh hombre, que condenas a los que tales cosas hacen, [y no obstante] las haces, ¿piensas acaso que podrás huir del juicio de Dios?* (ROM, 2,3). No es así, no lo es: porque por el juicio que diste contra otro, por éste entonces te juzgará Dios: que ciertamente no eres tú justo y Dios injusto. Pues si no desdeñas al que ha sufrido una injuria, ¿cómo lo desdeñará Dios? Si tú castigas los pecados de los otros, ¿cómo Dios no te castigará? Pero si no te aplica inmediatamente la pena, por esto no confíes, antes bien teme. Así lo mandó también Pablo diciendo: *¿O desprecias tal vez las riquezas de su bondad, y de su paciencia, y largo sufrimiento? ¿no reparas en que la bondad de Dios te está llamando a la penitencia?* (ROM. 2,4). Pues por esto tolera, no para que te hagas peor, sino para que hagas penitencia; pero si no quieres, tienes mayor motivo de castigo en la longanimidad de Dios, ya que permaneces en pecado sin arrepentirte. Y porque al declarar esto decía: *Con tu dureza y corazón impenitente vas atesorando ira y más ira para el día de la venganza y de la manifestación del justo juicio de Dios* (ROM. 2,5), el cual ha de

*pagar a cada uno según sus obras* (v. 6). Pues porque a cada uno da según sus obras, ya por esto nos infundió la ley natural, ya después nos dio la ley escrita, para exigir las penas de los pecadores, y para coronar a los que se han portado rectamente; así es que con mucho cuidado desempeñemos nuestras obras, como que hemos de entrar en un tremendo juicio, sabiendo que no hemos de conseguir perdón alguno, si descuidamos nuestra salvación después de la ley natural, y de la ley escrita, y de tanta enseñanza, y de amonestación tan asidua.

6. NUEVAMENTE DE LOS JURAMENTOS. Quiero, pues, hablaros otra vez de los juramentos, pero tengo vergüenza. No me es pesado el deciros día y noche lo mismo; pero después de haberos amonestado durante estos muchos días, temo que no ponga de manifiesto vuestra grande condenable apatía, pues en cosa tan fácil necesitáis de amonestación continua. Y no sólo me avergüenzo, es que temo por vosotros. Porque la enseñanza asidua, para los que reflexionan, es ciertamente útil y saludable, es empero peligrosa para los desidiosos. Pues cuanto uno más oyere, tanto más se atrae la venganza, no haciendo lo que se dice. Así es como echando esto en cara a los judíos decía Dios: *Os ha enviado muy a tiempo todos sus profetas; sin que vosotros, mientras los enviaba, los escucháseis* (JER, 25,4). Porque nosotros lo hacemos por la gran solicitud, pero tememos que en aquel día tremendo no os sea a todos vosotros un obstáculo esta amonestación y este consejo. Porque siendo fácil la obra buena, y no faltando quien asiduamente amonesta, ¿qué excusa podremos alegar? ¿o qué motivo nos librará del castigo? Porque dime: si acontece que hayas prestado algún dinero, ¿no es verdad que al encontrarte con el deudor, siempre le avisas del préstamo? Haz también ahora esto, y cada uno piense que el prójimo le debe dinero, es decir: el cumplimiento de este mandato, y saliendo al encuentro amonéstele del cumplimiento de la obligación, sabiendo que hay un no pequeño peligro para nosotros, si no tenemos cuidado de nuestros hermanos. Por esto tampoco yo desisto de repetir lo mismo: porque temo que tenga que oír aquel día: *¡Oh siervo malo y perezoso!... debías haber dado a los banqueros mi dinero, para que yo a la vuelta recobrara mi caudal con los intereses* (Mt. 25,26-27). He aquí que he distribuido, no una ni dos, sino muchas veces; pero a vosotros toca obtener rédito: y la usura, el interés está en poner por obra la amonestación escuchada, pues del Señor son las cosas que se dan en préstamo. No recibamos, pues, con negligencia, sino que guardemos diligentes el depósito, para devolverlo en

aquel día con mucho lucro de negociación. Mas si no indujeres también a otros para este deber, oirás aquella voz que oyó el que enterró el talento. Mas para que no os suceda oír ésta, sino la otra, que pronunció Cristo del que había negociado, al decir: *Muy bien, siervo bueno y leal: ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho* (Mt. 25,26-27).

Y oiremos esta palabra, si pusiéremos el mismo empeño que aquél; y pondremos el mismo empeño, si hiciéremos lo que digo. Mientras que está caliente lo oído, al salir exhortaos vosotros mutuamente; y así como os apartáis con un saludo, así cada uno vaya a casa con una amonestación y diga al prójimo: Piensa y acuérdate cómo guardas lo mandado; y ciertamente superaremos. Pues cuando los amigos te hayan despedido, y llegado a casa otra vez te diga lo mismo la mujer, y estando solos nuestra oración os ocupe, pronto rechazaremos esta mala costumbre. Bien conozco que os admiráis porque pongo tanto empeño en este precepto: pero cumplido y entonces callaré. Porque repito entretanto, que este mandamiento es ley divina, y que no hay seguridad en traspasarlo; mas si lo viere cumplido, os recordaré también otra causa no menor que ésta para que aprendáis que yo con motivo he puesto tanto cuidado por esta ley.

Resta que acabe el sermón con una súplica. Digamos, pues, todos a una: Oh Dios, que no quieres la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, concédenos que, habiendo cumplido ésta y todas las otras leyes, de tal modo estemos en el tribunal de Jesucristo, que con grande confianza lleguemos al reino para gloria tuya, porque a Ti es debida la gloria, en unión de tu Hijo Unigénito y del Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

## HOMILIA XIII

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XIII.

1. Acción de gracias a Dios.—De miércoles a miércoles.—Conmemoración de hechos.—Consternación de los Antioquenos durante la inquisición sobre las estatuas derribadas.—Silencio de la multitud puesta en la plaza del juzgado.—Espectáculo miserable.

2. Vanidad de vanidades.—Símil del ave a la que han robado los polluelos.—Si nadie puede librar a un reo en el tribunal humano, ¿quién librára a los reos en el tribunal de Jesucristo?—Y eran juzgados los primates de la ciudad.—Súplicas a Dios, a los Jueces, a todos.—La calamidad guía hacia la virtud.—Si el temor del infierno nos dominase.

3. Sobre la ley natural moral.—Ley de caridad para con el prójimo.—Hacer lo bueno, huir de lo malo.—Beneficio de la conciencia antecedente.

4. Otros preceptores además de la conciencia.—Contra los juramentos.—Los buenos ejemplos.

5. Razón de cuidar de nuestra enmienda de costumbres.—El magisterio exige solicitud en los discípulos.—Exhortación a las obras buenas.

\* \* \*

### ADVERTENCIAS:

1.<sup>a</sup> Fue pronunciada esta homilía el miércoles de la semana IV de Cuaresma, al día siguiente inmediato de la homilía XII. (Recuérdese las advertencias de las homilías XI y XII, 3.<sup>a</sup>, y nota ilustrativa.)

2.<sup>a</sup> Brabeyas llamábanse los premios de los juegos y certámenes públicos entre los Griegos. Es el *bravium* a que alude San Pablo en sus cartas a los Corintios y a los Efesios. Brabeuta llamábase el Magistrado que daba el premio al vencedor en los juegos públicos.

3.<sup>a</sup> Continúa el argumento fundado en la creación del hombre y habla de la ley moral universal impresa por Dios en la conciencia, que conoce el bien y el mal.

\* \* \*

1. Por el mismo principio y por los mismos proemios, por los que comencé ayer y anteayer, daré también hoy comienzo, y diré ahora: Bendito sea Dios. ¿cómo pasamos el miércoles anterior y cómo vemos ahora éste? ¡Cuánta oscuridad había en aquél, y cuánta tranquilidad en el actual! En el mismo día aquel tremendo tribunal en la